

JUARROZ, Roberto — SAGUI, Teresita: *Poesía, literatura y hermenéutica*. Edic. del Centro de Estudios Interdisciplinarios. CADEL. 42 págs., Mendoza, 1987.

La poesía y la literatura ofrecen problemas de diversa índole, que han movido la reflexión en el pasado de grandes espíritus. Sin sofocarnos vienen hacia nosotros las ilustres páginas de *Ión* y el *Fedón*, de Platón, la *Poética* del Estagirita, la conocida Epístola de Horacio, algunas páginas de San Agustín y el Renacimiento italiano, hasta los filósofos y críticos contemporáneos. ¿Cómo soslayar en estos renglones los nombres más recientes de Bramond, Joyce, Croce y su maestro Hegel, los Maritain y tantos otros?

Roberto Juarroz, de la Academia Argentina de Letras, y Teresita Sagui, conocida escritora de nuestro medio, son los autores de un breve pero intenso ensayo dialógico sobre Poesía, Literatura y Hermenéutica, publicado en la editorial del Centro de Estudios Interdisciplinarios. Ambos levantan su voz contra los excesos que cometen en sus tareas los críticos, los hermeneutas, la informática y la decodificación de textos de poesías y literatura.

Destacan la voluminosa bibliografía en estas materias y otras afines, que supera anchamente la valiosa producción original de obras poéticas y literarias. Más aún: denuncian la petulancia y el empaque de tan rumbosas disciplinas, que llegan a anteponer y sobreponer sus estudios a las innovadoras obras de los creadores. Llegan aquéllas y sus cultores como inescusables “mediator poesis”, mediadores válidos y autosuficientes.

Para mostrar el equívoco de tales enfoques, Juarroz y Sagui repasan meditativamente, en compañía de prominentes autores contemporáneos y actuales (Susan Sontag, Paul Claudel, Rilke, Eliot, Umberto Eco, Roland Barthes, Octavio Paz y no son todos) el alcance y el valor de la crítica, la teoría del texto y otras perspectivas frente al poema y la obra literaria.

Los autores de este ensayo piensan que el texto literario requiere un acercamiento fundamental, de comunión y soledosa actitud de amor frente a la poesía en los poemas y a las letras en sus obras. El fundamento u hondón último de las mismas no está al alcance del manipuleo interpretativo. El papel del crítico en cual-

quiera de sus caminos (lingüístico, filosófico, ético, sociológico, etc.), es un papel modesto y complementario: se trata de acercar como de la mano al lector y señalarle esa fuente creativa, indecible, irrepresable y a la que no se puede intuir con las solas luces de la hermenéutica y la explicación discursiva; siempre será necesario, en última instancia, un acto de comunión y amor. Sólo son accesibles hipotéticamente algunas vertientes de sentido y, en todo caso, facilitar la conjunción con el texto, que siempre se ofrenda en una forma irreductible y autónoma de lenguaje.

Insiste Juarroz, desde ángulos distintos, en ese fondo misterioso de la creación poética, en "la noche del poeta" que queda más lejos que cualquier sistema interpretativo.

A su vez, observa Sagui que lo que sale a la luz de esas honduras en el poema tiene carácter ontológico. Aparece así otra dimensión misteriosa: la del acto creador y el ser creado.

Cabría pensar en una tarea más fiel a la común y más modesta por el lado del intérprete, si éste confiara a su faena un papel recreador. Juarroz, si bien tolera tal quehacer recreativo, advierte sobre el peligro de superponer al texto la propia elaboración del crítico. Y lo que es todavía más grave: que el intérprete imponga su propio mensaje fabricado, desplazando de esta manera al texto. "En lugar de una hermenéutica del arte, necesitamos, en la significación griega de Eros, una erótica del arte". En suma: en la poesía remontada, en las obras literarias, la decodificación es infértil y puede ser reemplazada por la recreación, siempre que no se pierda de vista el fondo fundamental y ontológico. No en balde Heidegger decía que la auténtica lengua es la casa del ser.

Puede preguntarse a Juarroz y a Sagui: ¿qué pasa con el lector? Este tiene que conseguir una relación única e irrepetible con las obras. La radiosa e irradiante actividad de la obra nace de sí misma. Y así tiene que ser acogida por el lector. Lo frecuente es que éste se perturbe con las explicaciones académicas, políticas u otras del mismo jaez. "La obra de arte —leemos en el ensayo—, la obra literaria, la poesía, es un salto en la realidad, una grieta, una ruptura. Y si el lector la acompaña en ese salto, en esa transgresión, el lector tiene que cambiar de lenguaje, asumir el que ella

le propone y recrearla en su espíritu por un acto de comunión con el texto y sus fuentes de vida profunda. La dificultad es todavía más ardua: hay que dejar vivir los textos, protagonizarlos, recrearlos, que se completen en el lector. O, como dicen los autores, parafraseando extra-místicamente a Meister Eckart, “vaciar-se para que el texto penetre en uno”.

Todo ello no quita que puedan ser relativamente útiles los acarreo-s de la historia literaria, la semiótica, el estructuralismo y lo que está más allá de él, la crónica bibliográfica, etc. Pero es más fecunda la vía del ensayo literario y el estudio profundizador, “cuando se encaran como exigentes tentativas de aproximación a la literatura y como humilde trabajo en sus infinitas estribaciones”.

¿Y qué acontece con la expresión y la comunicación de la obra de arte? Esta no se encierra en sí misma, negándose a la comunicación. Por el contrario trasciende de sí y tiende a alcanzar la plenitud del otro en su centro. “No hay poesía o literatura sin alteridad”, escriben Saguí y Jarroz recordando a Antonio Machado.

Desde su fondo de misterio trascendental, la obra busca el misterio del otro, el lector esencial. Ambas vertientes coinciden en esa zona de intuiciones, apercepciones y recreaciones estéticas, que los críticos suelen olvidar en sus simplificaciones conceptuales. En último término, sólo los creadores puede hablar, a veces, de creación.

Piensa Juarroz que “la poesía moderna es, entre otras cosas, la mejor reflexión sobre la poesía o tal vez su reflejo más fiel”. Y Saguí está convencida de que “la singular «perversidad» de la crítica consiste en hacer de quien lee, un lector de segundo grado”. Y lo propio le ocurre al autor.

Sólo la crítica consciente de sus límites, puede, por lo menos parcialmente, colaborar en la conversión del lector en autor, pero nada puede decir del fundamento último de la obra. En suma, y como decía Novalis —seudónimo de Friedrich von Hardenberg—, por muy rumbosa que sea la crítica y sus complementaciones actuales, sólo el amor puede alcanzar las obras, guardarlas y ser justos con ellas, que cuando peraltadas son aventuras hacia lo infinito.

*Diego F. Pró*